

tradición apostólica: y todos, absolutamente todos, en sus brillantes y utilísimos escritos, suponen, confiesan, defienden y afirman la perpetua virginidad de María.

Siendo esto así ¿por qué tú, oh protestante niegas estas glorias de María? ¿por qué te atreves á manchar una existencia tan divina? ¿por qué te sirves de tu memoria, entendimiento y voluntad para desacreditarla? y sobre todo ¿por qué abusas de tus talentos y aun de tu vida para denigrarla? ¿por qué falsificas tu hombría de bien, y con una mentira negra como la pez, y con calumnias del todo pérfidas te levantas contra la Madre de Dios? ¡Ah! mira que es sentencia universalmente admitida, que quien dice Madre de Dios, dice inmaculada, y dice también la Virgen, la que fué siempre Virgen, la que fué perpetuamente Virgen y la que con toda razón y con todo derecho es apellidada por toda la Iglesia la Santa Virgen de los vírgenes.

CAPITULO III.

MARÍA HACIENDO VOTO DE VIRGINIDAD.

15. *Qué es la virginidad.*—Es doctrina muy cierta entre los teólogos, lector carísimo, que hay dos especies de virginidad: una corporal y otra espiritual; y que una y otra consisten en la entrega é incorrupción del sujeto en quien está. Por tanto, la virginidad de la carne consiste, en la entereza é incorrupción de ella, así como la virginidad del espíritu, en la entereza é incorrupción del espíritu ó del alma: y así como aquella se pierde por los actos de sensualidad aunque sean lícitos, así la virginidad del alma se pierde por el pecado mortal, ora sea original, ora actual. Esta verdad hacia decir á Isaías, dirigiéndose á una alma pecadora: “tú has hecho deshonestidades con tus

“amantes;” y casi todos los Profetas se han servido de la misma frase, para corregir los defectos gravísimos, y los pecados enormes del pueblo de Israel, cuando dejando el culto del verdadero Dios, idolatraba adorando á los ídolos.

Entre los grados de castidad tiene la mayor excelencia y ocupa ciertamente su principado la virginidad; así como entre todas las virtudes morales es ella su hermosura, su brillo y su excelencia. La virginidad como reina de estas cualidades bellísimas, está despidiendo de sí misma hermosísimos rayos en el cielo y en la tierra; ella hermosea, y adorna no solo á los cielos, sino aun á las mismas virtudes celestiales, ella llena de tales privilegios á los bienaventurados, que cuantos la poseen, les será dado seguir por doquiera al Cordero Inmaculado, cantarle un cántico nuevo, y llevar en su frente, como primera distinción; el dulce nombre del Esposo de los vírgenes; ella es tan rica en merecimientos, que por ella la Virgen mereció ser Madre de Dios; y si es cierto que la humildad lo atrajo á sí, fué, empero, después que le había agradado su virginidad.

Ahora bien, y ¿cuál era la virginidad de María? María era la concebida sin pecado; era, por consiguiente, sin el fomes del pecado; era por tanto, impecable por gracia y privilegio, y era sin duda alguna la Virgen y la reina de los vírgenes; porque tenía la mayor virginidad que darse puede, en el alma y en el cuerpo; y la tenía en la mayor perfección, de suerte que después de la virginidad de Jesucristo, no puede concebirse mayor virginidad que la de María: Virginidad única que supera infinitamente bajo todos los puntos de vista, aun imaginables, á toda otra virginidad que no sea la de Dios. ¡Tan bien le cuadra el glorioso título de reina de los vírgenes! ¡Oh cómo apreciaba María virtud tan peregrina! Y tú, lector carísimo, ¿la has amado con tanto afecto como esa virtud se merece? ¿la has conservado intacta? ¿has dado cualquier precio de ella

para no perderla? ¿estás resuelto á hacer toda especie de sacrificios á fin de no afearla en lo mas mínimo? Dichoso de tí si así fuere, porque pones en práctica el documento que te da la Virgen Madre, al exclamar: *Os he dado ejemplo en la práctica de la virginidad, para que seáis vírgenes como yo soy la Virgen.*

¿Con qué confianza no me dirijo á Tí, oh Santa Virgen de los vírgenes, á pedirte una parte de tu virtud queridísima? ¡Ah! yo te considero el todo de nuestras operaciones, de nuestras palabras y aun de nuestros pensamientos; porque por los efectos de tu gracia poderosa aplicada hácia nosotros, la voluntad se determina, el entendimiento queda iluminado, el ánimo se inflama, el corazón se excita, los afectos se abrasan, todo el pecho se liquida de amor, el justo se torna celestial, y tu solo recuerdo nos santifica: por esto te pido afectuosamente un rayo de brillante luz que me ilumine, una dulzura que me atraiga, virtud firme para seguirte y la debida firmeza para perseverar: por esto te pido con ardor que apartes de mí los malos pensamientos, las palabras dolosas y pésimas y las obras de la iniquidad. Sí, Virgen María, que tu gracia dirija toda mi vida, que tu presencia me acompañe en mis ocupaciones, y que tu presencia me conduzca á la eterna gloria, ya que así con tanto regalo son cuidados de Tí los vírgenes; ¡hasta este punto los acaricia la Virgen Inmaculada!

16. *María ofreciendo á Dios la Virginidad.*—María en el primer momento de su Concepcion Inmaculada, se vió tan llena de gracia, que conoció que ella era el ser mas privilegiado, la concebida sin la mancha original, la felicísima Virgen de Isaías, y vió que estaba adornada de los dones del Espíritu Santo en toda su plenitud; y conoció que el Señor le pedia como en retorno de tanta gracia, el voto de virginidad, conforme la letra que dice: *Oye hija mia, olvida la casa de tu Padre y al pue-*

blo tuyo, y tu belleza agrada al Rey. Como si hubiese dicho: oh María, tú eres la hija de bendicion, y el olvido que se te pide es el de la casa de tu padre y de tu pueblo, es el que te olvides de tu descendencia, que no dejes sucesores, que te conserves Virgen, y que con un acto divino consagres á Dios tu virginidad. En efecto, consagróla á Dios Padre, de quien como en recompensa habia de recibir la extraordinaria y única gracia de ser Madre de su Unigénito; la consagró á Dios Hijo, quien á su debido tiempo habia de tomar su purísima carne, y la consagró á Dios Espíritu Santo, de quien habia de ser consagrada dignísima Esposa suya. Así reconoce María el mayor beneficio que recibió de Dios! y tan pronto como su espíritu pronunció tan divino voto, cuando quedó adecuadamente idónea de la divina Maternidad. Y no es extraño, porque la virginidad es una virtud única, y nada podia ofrecerle que fuese tan grande, ni tan excelente, ni tan agradable: y con semejante voto entró en la mejor disposicion para recibir debidamente la Maternidad divina.

Los Santos Padres y los Doctores de la Iglesia emplearon sus talentos y aun su poesía para cantar á lo divino la Santa, Santa Virginidad; y no se contentaron con decir que Jesus y María consagraron á Dios la virginidad desde el principio, sino que tambien afirman que enseñaron á los dos sexos cuál debia ser su futura práctica; mas bajando en particular alaban la virginidad de María que en efecto la consagró á Dios con voto. San Jerónimo nos dice: *que María tremolando el blanco estandarte de la santa virginidad, siguió á Jesus acompañada de cien y cien vírgenes*; San Ambrosio enseña, *que María es la maestra de la virginidad*; San Isidoro la apellida, *la mística cabeza de los vírgenes*; San Anselmo quiere que se diga de ella, *que es por antonomasia la madre de la virginidad*; Santo Tomás, deseando ponderar tan grande excelencia, añade: *que María*

cerró la ley antigua, y abrió la ley de la gracia con el voto de virginidad; San Alberto Magno discurre, que la Santa, Santa Virgen es por antonomasia la Reina de los vírgenes; que todo lo ejecutaba con mucho espíritu: y que de este nodo, librándonos del pecado, nos dió la eterna gloria. San Bartolomé Apóstol nos ha dejado escrito: Que María es la primera que ofreció á Dios su virginidad, y que tanto es la primera, que ninguno hubo antes de Ella. San Bernardo nos lo asegura del modo mas claro, indicándonos hasta sus saludables efectos al demostrarnos que la Santa, Santa Virgen María, por razon del voto de virginidad, fué llamada con mucha razon la Virgen de los vírgenes, y fué dada á todo el género humano como su verdadero ejemplar. Hugo de San Víctor enseña la misma doctrina, dando al mismo tiempo como la razon de la virginidad consagrada á Dios, cuando asegura: Con razon fué dado á María el parir al Hijo de Dios, porque Ella es la Virgen á Dios consagrada, y siendo fecunda en su carne, debia conservar íntegra su virginidad.

Siendo esto así, bien podemos exclamar: ¡qué gloria la de la Virgen María! ¡qué excelencia tan única ser Virgen y Madre al mismo tiempo! ¡Ah! es huerto cerrado á lo que no sea virginidad purísima. . . . es la fuente sellada á todo lo que no respire virginidad purísima. . . . es el misterioso paraíso cuyo árbol de vida colocado en el centro de su corazon, era el de la virginidad purísima, y cuyo punto admirable es Cristo Jesus, Esposo amantísimo de todos los vírgenes. Así pues, por los siglos de los siglos, amemos, honremos, glorifiquemos y adoremos á la Virgen María, á María la Madre de Dios, á María que consagró á Dios su virginidad ya en su Concepcion Inmaculada.

¡Oh Salvador! Tú, que eres la luz verdadera que iluminas á todo hombre que viene á este mundo; Tú, que comunicas la sabiduría á los sabios y das la debida soltura á las lenguas de los

niños; Tú, que sacas lo mas limpio y perfecto de lo mas sucio y abominable; Tú, que quitas los pecados de los culpables y los justificas, concédeme la luz conveniente para que conozca la virginidad purísima fecunda, y á Dios consagrada de tu Madre purísima, dame la debida sabiduría para que la exponga debidamente, y haz que mi lengua ruda la describa y defienda con tanta mayor exactitud, cuanto mas abultados y heréticos é impíos son los errores de los protestantes; y concédeme un perdon absoluto de mis miserias para que no sean obstáculos á mis trabajos, y de esta manera los lleve á cabo con grande mérito; y haz que por puro amor y afecto continúe, prosiga y acabe esta obra queridísima, de la perpetua virginidad de tu Madre.

¡Oh Salvador mio! la virginidad perpetua de tu Madre Santísima es la que deseo demostrar á tantos herejes y malos cristianos que no la admiten, y haz que trabaje esta obrita vencido de un amor afectuosísimo, impelido por la dulzura que lleva consigo virtud tan peregrina, y atraído por el amor sumo con que arrebatan los corazones sus grandes y extraordinarios privilegios.

¡Oh Inmaculada y divina María! Tú sabes lo que siente mi corazon cuando oigo que esos desgraciados protestantes dicen mil y mil disparates contra tus prerogativas, y de una manera especial contra la que te es mas querida; concédeme pues, la gracia que la conciba y presente de modo que ponga un tapabocas á tantos insensatos que te desprecian porque no te conocen; y haz que lo diga todo como un afecto de mis creencias y como un glorioso resultado del amor que te profeso. Augusta Madre de Dios, por el sumo amor que tuviste á la santa virginidad, haz que lleve á cabo este pequeño trabajo con todas las fuerzas y virtud de mi alma, y comunícame tales ideas y palabras tan propias, que absolutamente todas, solo sirvan á honra y gloria tuya, y eterna confusion de tus profanadores; para que

despues que los hayas abatido y humillado bien, entonces conforme tu grande piedad y clemencia, les des la gracia eficaz de que te conozcan, conociéndote te amen, y amándote á Tí, amen á tu Hijo Santísimo, que con Dios Padre y Dios Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amen.

17. *Promesa de la perpetua virginidad de María.*—Isaías, iluminado especialmente con la gracia del Espíritu Santo, exhorta á los hombres para que humildes y compungidos, pidan á Dios el misterio de los misterios; gran milagro por cierto porque ha de verificarse en el seno de una vírgen, haciéndose todo un Dios hombre, y siendo apellidado desde aquel momento Dios con nosotros. Estaba profetizado que semejante Vírgen Madre no habia de ser Vírgen de paso, sino Vírgen de estado, Vírgen siempre pura, como convenia que así fuese la Maere de todo un Dios, trasformado por nosotros en Pontífice Santo, immaculado y mas sublime que los cielos.

Así ha de verificarse; una Vírgen ha de concebir y parir: una Vírgen que jamas puede dejar de ser Vírgen, porque el Profeta la determina con el carácter propio y único de ser siempre Vírgen: una Vírgen que concebirá no de un modo humano por obra de hombre, sino de un modo divino por virtud del Espíritu Santo: una Vírgen que dará á luz su propio Hijo, Hijo que será al mismo tiempo el Hijo de Dios; por cuya causa dice Isaías, que ese Hijo admirable es el Hijo de las promesas, y que será llamado Emmanuel ó Dios con nosotros. Pues bien, esa Vírgen de Isaías, Vírgen que ha de concebir sin dejar de ser Vírgen, Vírgen que ha de parir á Dios y Hombre verdadero sin dejar de ser Vírgen, es la Santa, Santa Vírgen María, Madre de nuestro Señor Jesucristo: tan clara y tan exacta es la promesa que determina la virginidad de María! tan bien se ha cumplido cuanto ha sido predicho por el Profeta Isaías! Y ¿por qué los protestantes no lo ven? ¿por qué claman en sus folletos

contra la perpetua virginidad de María? ¡Pobres hombres! son ciegos que no ven: tienen orejas y no oyen: tienen manos y no palpan: tienen piés y no andan: tienen corazon y no experimentan el afecto filial y tierno hácia la Santa, Santa Vírgen María, augusta Madre de Dios y tiernísima Madre nuestra.

Verificóse la Encarnacion del Hijo de Dios en las purísimas entrañas de la Vírgen, no solo para que conociéramos el amor de Dios en favor del género humano que le obligó á dar para su rescate á su propio Hijo, no solo para que conociéramos el amor que el Hijo de Dios le profesa, ya que para salvarlo y redimirlo se vistió de nuestra naturaleza, haciéndose carne; no solo porque apareciera como es en sí mismo el amor que nos tiene el Espíritu Santo, ya que no se desdeñó de santificar nuestros corazones; sino que tambien para que se apreciara como se merece la dignidad única de la Vírgen que debia ser sublimada sobre lo mas alto de los cielos, y pudiéramos medir en cierto modo, la pureza de aquella que debia ser tal, cual convendria á la Reina de los vírgenes. Así fué la virginidad de María, ya que la vemos santísima, superando su pureza corporal á la de todos los hombres y aun á la de todos los ángeles; y superando aun á la de los mas encumbrados serafines, como los torrentes de la luz del sol, á la claridad casi imperceptible de una luciérnaga. Y tú, lector carísimo, ¿eres aun vírgen? ¿has procurado una parte de la pureza virginal de María? ¿lo eres de cuerpo y alma, de modo que eclipses á la angélica al menos con nuevos aumentos de gracia? ¡Oh Santa Vírgen de los vírgenes! ruega por nosotros que recurrimos á Vos.

18. *Precio inapreciable de la virginidad de María.*—La Santísima Vírgen María ya en su Concepcion Inmaculada conoció que era la Vírgen de Isaías, la futura Madre de Dios, y por tanto, la que habia de ser siempre Vírgen. Mas ¿qué hizo María para que conociéramos la excelencia de su virginidad y

hasta qué punto Ella la amaba? Quiso que llegara á nosotros su conversacion con el Angel que le anunció la Encarnacion del divino Hijo, para que de cada palabra suya sacáramos nuevas pruebas del amor y altísimo afecto que profesaba á su virginidad. Fué tanto, tanto amó María su virginidad, que cuando el Angel, en cumplimiento de su deber, puso en una de sus manos el cetro de Emperatriz de los cielos, y en la otra el blaquísimo lirio de su pureza virginal, Ella con el cómo se hará esto porque yo no conozco varon, quiso que supiéramos que amaba tanto la virginidad, que le decia en contestacion: *Deje yo de ser Madre de Dios mientras que no deje ni por un momento de ser su Virgen.* ¡Oh si nosotros tambien conociéramos la excelencia y hermosura de la pureza virginal! ¡oh si aprendiéramos á apreciarla como ella se merece! ¡qué cambio se verificaria en nosotros! ¡cómo todos los dias nos mudariamos en mejores! ¡qué amor, qué amor el de nuestro corazon hácia Dios!

María, á trueque de ser siempre Virgen, se despoja generosa de todos los honores que lleva consigo la divina maternidad; y por este mismo camino ha querido que supiéramos que logró ser la Virgen Madre, porque siendo el Verbo divino la luz increada, y queriendo tomar nuestro cuerpo, convino que fuese purísimo y castísimo, para que el olor suavísimo del Hijo de Dios hecho hombre, agradase al Eterno Padre, como que esencialmente es puro y santo. Por esto solo debia ser escogida para Madre de Dios, la venturosa que amara la virginidad sobre todo otro amor; porque Ella sola podria agradar á Dios debidamente: Ella sola debia ser escogida por el Eterno Padre, destinándola por su compañera en la generacion del Verbo Encarnado; Ella sola debia ser escogida por el Eterno Hijo para sublimarla á la altísima dignidad de Madre suya: Ella sola debia ser escogida por el Eterno Espíritu Santo para habitar en su cuerpo y en

su alma perpetuamente vírgenes. ¡Qué excelencia! ¡qué méritos! ¡qué conjunto de gloria! ¡qué prodigios de ternura! ¡qué dignacion de Dios! ¡qué amor tan sin segundo! ¡Oh cuán bella es la virginal generacion de los santos vírgenes! y ¡cuán excelentísima la virginidad de María!

Con qué palabras te saludaré, oh preclara Virgen María, para que se conozca por doquiera el amor que profesaste á tu pureza virginal. Ya no basta decir que eres la dulzura del rico panal, el candor de la hermosura de la flor y la blancura del ampo de la nieve: ya no basta apellidarte Señora del mundo redimido, lazo perpétuo de la ardiente caridad, lo mas inflamado del purísimo amor, y la que con tu pureza nos limpias de la suciedad de la culpa; ni basta llamarte medicina de la salud, hermosa flor de los valles y causa de los actos de virtud; sino que eres dignísima de ser denominada solio de Cristo y su carne, luz de los corzones generosos, única dignidad de Madre de Dios, condecorada con el lirio virginal, y virginidad fecunda que dió á luz al mismo Dios. Esto eres, oh tierna Madre mia, por el amor sumo que profesaste á tu santa virginidad, y como por consecuencia de tan grandes privilegios ¡ah! permíteme que con todo amor y con todo afecto te apellide *feliz puerta del cielo, amenidad del Paraíso, alegría de los santos, abogada de los creyentes, fortaleza de los que resisten sus pasiones, conductora de los que van errados, y poderoso amparo de los penitentes; para que llorando todas mis culpas, detestándolas de corazon y con un propósito firme de la enmienda, vea yo llegar mi última hora y entonces . . .* ¡Ah! llévame á la gloria para que con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, te ame, te adore y te glorifique por los siglos de los siglos.

19. *Excelencia de la virginidad de María.*—Aunque la virginidad en sí misma es una sola, pero es preciso convenir que la de María es tan propia suya, que lleva consigo un conjunto

de cualidades que no se encuentran en la de los demas. Ella es de tal naturaleza, que la hace la única Virgen, la solo apellidada, y con razon, la Reina de los vírgenes hasta poder decir que fué inmensa su pureza virginal, ya que un Dios de infinita pureza debia salir de Ella. Por esto San Anacleto enseña: *Que la virginidad de María resplandeció en la mayor pureza que despues de la de Dios se puede considerar.* Y Santa Brígida pone en boca de Cristo, dirigiéndose á María, las siguientes y notables palabras: *De verdad te digo que tu pureza virginal fué para mí mas agradable que la de los ángeles, y ella trajo en Tí mi divinidad, para que con el calor del Espíritu Santo fueses inflamada, con lo cual encerraste en tu vientre á Dios verdadero, hecho verdadero hombre.* Partiendo de estas verdades, hemos de concluir que la virginidad de María fué la excelentísima, y que Ella fué la dignísima de ser aclamada la Reina de los vírgenes y la única y sola Virgen y Madre.

En efecto, fué María Virgen tan pura en alma y cuerpo, que ne solo estuvo limpia de toda mancha sensual, sino que tambien de cualquiera otra, cuya excelencia es singularísimamente suya entre todas las criaturas: fué excelentísima porque excedió á todos los vírgenes en la gloria de la virginidad, porque fué la primera, á lo menos entre las mujeres, que la consagró á Dios con voto, y fué en un todo tanto mas ilustre, cuanto era de suyo mas dificultosa y menos usada: fué excelentísima, porque fué comunicable, pudiéndose decir que transfundió á los demas los propósitos de conservarla; y de Ella salió una virtud divina que como antídoto preservativo de la ponzoña sensual sanaba á los que la miraban de las dolencias de la concupiscencia, les quitaba las ocasiones del pecado, y penetrando toda su carne con los rayos de su pureza, extinguía en ella los espíritus desarreglados, y apagada la concupiscencia, serenaba lo interior y lo exterior: tanta es la excelencia de la virginidad de María!

Discurriendo un poco mas sobre virginidad tan ilustre, continuaremos diciendo: que fué excelentísima, por haber sido admirablemente fecunda; y no solo tuvo la fecundidad del alma, que consiste en virtudes y merecimientos; sino que tambien poseyó la del cuerpo, puesto que por modo inefable y sobre todo orden era *Madre natural*; fué excelentísima, por la aceleracion del tiempo en que la consagró á Dios, puesto que antes de poner los piés en el mundo, ya estaba su virginidad consagrada á Dios por los actos mas absolutos, mas perfectos y mas ardorosos: fué excelentísima, porque la perfecta virginidad que Dios aprecia, es la que se halla en cuerpo y alma, ya que en el cuerpo está la virginidad material que es la de menos estima, y en el alma la virginidad moral que consiste en el voto ó propósito de consagrarla á Dios perpetuamente, de lo cual toma la virginidad material todo su valor; y la Virgen es entre todas las criaturas la única que nació completa y absolutamente Virgen: fué excelentísima en fin, porque á María le corresponde únicamente, segun toda la extension de la palabra, el dictado de Virgen; por esto los autores muy advertidos, que usan en sus escritos con la debida propiedad los preceptos de la buena diction, aunque traten las vidas de las vírgenes, á ninguna le dan á solas este determinativo, sino que siempre le añaden su nombre propio, ú otra diction que disminuya su significado; y todo esto porque es verdad de fe que todas las excelencias de la santa virginidad, solo las ha poseído la Virgen María nuestra Señora ya que Ella, no mas que Ella y solo Ella, es la Virgen predicada por Isaías. Así lo leemos en los cánones de los Pontífices Romanos, como en Gregorio IX cuando mandó guardar las fiestas de la Virgen; así los Doctores en los diversos tratados sobre la Virgen, y así todos los escritores que han publicado sus glorias: y así es como lo entendemos todos los católicos. ¡Oh Virgen Madre! yo admiró tu virginidad excelentísima, y ahora veo